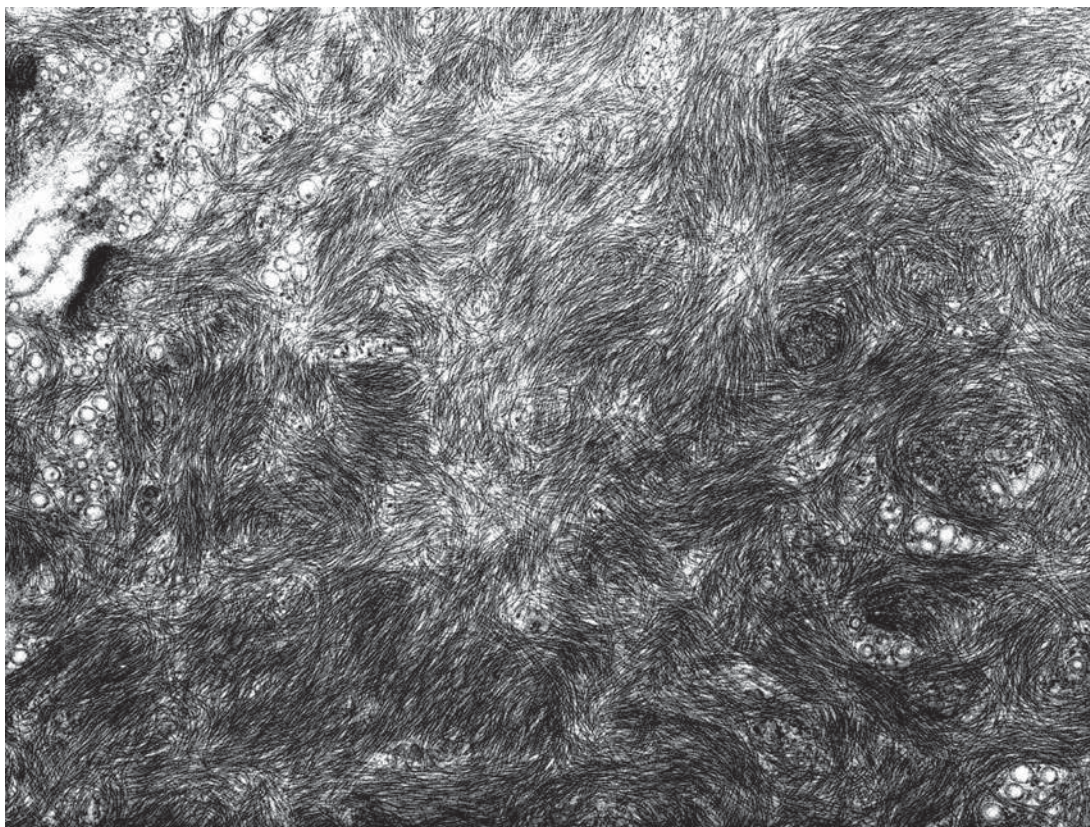




André Beetschen*

¿Qué trabajo analítico en la supervisión?

El cuestionamiento del trabajo de supervisión no ha dejado de estar presente en el psicoanálisis francés, al punto de alimentar los conflictos en torno a la formación de los psicoanalistas. Mi sociedad, la Asociación Psicoanalítica de Francia (APF), se ha destacado hace 40 años por el abandono del “psicoanálisis didáctico”. Esta decisión ha dado una particular importancia a las “curas de supervisión”, que han devenido un instrumento fundamental del recorrido de la formación, al punto que se ha llegado a hablar de una “didactización” de la supervisión. Lo que planteo se sitúa, entonces, al interior del programa que propone el instituto de la APF: cada analista en formación debe efectuar dos supervisiones sucesivas, eligiendo el supervisor entre los miembros titulares de la asociación. Cada una de esas dos curas de supervisión está sometida a una validación: una comisión escucha separadamente al analista en formación y al supervisor evocar el trabajo efectuado. Después de haber oído el

* Asociación Psicoanalítica de Francia.

informe de la comisión, el Comité de Formación válida o no el trabajo de supervisión.

Esta breve revisión indica que el trabajo de supervisión, etapa esencial del recorrido de formación —un trabajo sobre el que disponemos de bastante pocos documentos clínicos—, está, en parte, sometido a una “representación-meta” (Freud, 1900/2003), en la que la presión institucional o superyoica actúa en un grado mucho mayor que en una supervisión libre. Esta representación-meta es uno de los elementos de debate en las ocasiones en que se compara la formación propuesta por las diversas sociedades de psicoanálisis.¹

No obstante, al interior de mi marco institucional, cuando intentamos pensar la dimensión propiamente psicoanalítica, presente en la experiencia de supervisión, las posiciones son diversas. ¿Qué trabajo se realiza? ¿Qué transformaciones se producen? ¿Cuál es el “fin natural” de una supervisión? Podemos aproximar esta cuestión a la de “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937/2010a, pp. 15-55) examinando las resistencias y los obstáculos en el camino de la supervisión. La distancia entre “formación” y “transmisión” se apoya, creo, sobre la distancia entre “enseñanza de la técnica” y “transmisión del método”, y esta distancia recusa la comparación del trabajo de supervisión con un aprendizaje.

Lo que me interesa sobre todo es examinar la posición y el trabajo del supervisor: disimetría y mirada desde arriba² sostienen la construcción de una escena de la que él está excluido y en la que buscará a veces introducirse por una curiosidad no refrenada. Si las dos escenas están separadas (para retomar aquí la imagen de “Construcciones en el análisis” (Freud, 1937/2010b)), la escena de la supervisión obedece fundamentalmente a un desplazamiento, lo que le da su naturaleza transferencial. La escucha pareja, “parejamente en suspenso”, es analítica y exclusivamente del material propuesto en la sesión: las palabras y los afectos del analista en supervisión. Esta posición tercera interroga, entonces, los mecanismos de pensa-

miento puestos en obra en el supervisor: identificaciones conflictuales o copensamientos, siguiendo las propuestas de Daniel Widlöcher (2010). Una escucha tironeada, siempre, entre lo que Nathalie Zaltzmann (2008) llama muy acertadamente diferentes “polos de atracción”: transferencial, didáctico, clínico-teórico de acuerdo a lo que propone el supervisando.

Si esta escucha tiene alguna chance de ser psicoanalítica, es desentendiéndose, yo creo, del relato minucioso e hipermnésico de las sesiones, un relato desplegado sobre la base de anotaciones llevadas a la supervisión o releídas justo antes de ella. Ciertamente, uno encuentra aquí la “ranguera” propia a la supervisión: ella no puede desentenderse tampoco, sino en un movimiento defensivo de tipo fóbico, de la precisión de los lazos asociativos. Es necesario, sin embargo, contar con el olvido que administra la sorpresa de la rememoración en el analista en supervisión, sobre todo cuando el “rehusamiento” del supervisor invita al supervisando a “intentar decir más”, principio mismo del método que enfrenta las resistencias. Son, entonces, la acogida y la “adivinación” de la transferencia, en su carácter inevitable de exceso y de resistencia, las que tienen la chance de develar lo que, por actuación inconsciente —una actuación “muda” bajo las palabras y las representaciones—, ofrece tanto a la interpretación como al “hacer” del analista.

Es a partir de allí que las resistencias contratransferenciales pueden escucharse, eventualmente, en una dimensión de repetición de “puntos ciegos” o de actuaciones interpretativas que el trabajo de la supervisión pondrá en evidencia, sin poder siempre tratarlas específicamente, pero indicando eventualmente la vía de un recomienzo de análisis. Este reconocimiento, esta admisión de las transferencias entre paciente y analista (con lo que ellos llevan como efectos implica un despiste y un desacomodo en el analista en supervisión) es el objetivo esencial y la garantía de transformaciones merced a la experiencia de la supervisión, más que el aprendizaje de una técnica

interpretativa. Se espera que el analista en supervisión se escuche poco a poco hablar de su paciente “como no sabía”, que introyecte, dice François Gantheret (2005), “una función escuchante de sí mismo”, que pueda también hacer parte, sin culpabilidad inhibitoria (lo que por mucho tiempo es difícil), de su actividad interpretativa. Esta se apoya, entonces, sobre la fantasía o, mejor dicho, sobre la regresión formal que desarma la prohibición de pensar.

Algunos han podido decir —y es un debate siempre abierto en nuestros institutos de formación— que el “análisis de supervisión” podría ser considerado como un retomar el trabajo de análisis por otros medios. Yo no lo creo así: ciertamente es el deseo del analista, como su ética y, entonces, su parte de culpabilidad, lo que está en los fundamentos inconscientes de su *métier*. En tanto que la transferencia hacia el analista supervisor no conduzca a una idealización excesiva que lo instituya como “modelo” y contribuya a enmascarar la inevitable ambivalencia. El trabajo de supervisión no dispone del verdadero resorte del método analítico: la regla de la libre asociación y la posibilidad de un análisis de la transferencia de las fuentes infantiles y su rememoración. Se trata, sobre todo, aquí, de su “uso”, para retomar el término *Handhabung* de Freud. Pero la transferencia va en los dos sentidos: se trata también de esclarecimientos del analista supervisado respecto al inconsciente de su paciente, que el supervisor capta, reconociéndolos merced a su propia práctica.

Referencias

Freud, S. (2003). *L'interprétation du rêve*, OCF-IV. París: PUF, pp. 649-650. (Trabajo original publicado en 1900).

Freud, S. (2010a). *L'analyse finie et l'analyse infinie*, OCF-XX. París: PUF, pp. 57-73. (Trabajo original publicado en 1937).

Freud, S. (2010b). *Constructions dans l'analyse*, OCF-XX. París: PUF, pp.57-73. (Trabajo original publicado en 1937).

Gantheret, F. (2005). La représentation est terminée. En *Pourquoi le fanatisme, Penser/Rêver*, 8, pp. 264-268.

Widlöcher, D. (2010). L'inconscient se plait à Babel. En *Langues et courants sexuels*, Annuel de l'APF, pp. 42-43.

Zaltzman, N. (2008). Entre modèle et fiction, ce que je dois à l'analyse quatrième comme théorie du contrôle. *Topique. Analyse quatrième*, 103, p. 60.

2. N. de T.: *surplomb* en el original.

1. Se podrá leer en el número 103 de la revista *Topique. Analyse quatrième*, editada por L'Esprit du Temps en 2008, donde figuran, precisamente, las intervenciones de muchos representantes de las asociaciones psicoanalíticas de Francia.